

# EL LIBERALISMO CONSERVADOR EN LA EUROPA CONTINENTAL, 1830-1939. LOS CASOS DE FRANCIA, ALEMANIA E ITALIA

Por LUIS ARRANZ NOTARIO

## SUMARIO

I. LO CONSERVADOR Y LO LIBERAL EN EL LIBERALISMO CONSERVADOR.—II. LOS CASOS DE FRANCIA, ALEMANIA E ITALIA, 1830-1939: 1. *Francia. La política liberal-conservadora como «convergencia de centros» frente a la confrontación izquierda-derecha.* 2. *Alemania. La intimidación del liberalismo conservador por el nacionalismo.* 3. *Italia. El liberalismo conservador traicionado por el nacionalismo.*—ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES.—NOTA BIBLIOGRÁFICA.

### I. LO CONSERVADOR Y LO LIBERAL EN EL LIBERALISMO CONSERVADOR

La denominación de liberal-conservador parece la síntesis precaria de dos conceptos, en principio, contradictorios. No obstante, esta denominación resulta operativa por las características liberales que el conservadurismo adoptó históricamente en Gran Bretaña y, más ampliamente, en el mundo anglosajón. En el caso de los principales países europeos, el binomio liberal-conservador viene a justificarse, a tenor de la experiencia francesa, por su doble oposición al absolutismo del Antiguo Régimen, y a la revolución democrática y el cesarismo plebiscitario de los regímenes napoleónicos. Resulta necesario, no obstante, para adentrarnos en el tema, precisar algunos de los contenidos básicos de este binomio.

Si nos atenemos a las razones por las que Hayek no se consideraba un conservador, las diferencias más importantes se refieren al papel de la religión y de la moral en la sociedad humana. Aunque se da el caso de conservadores ateos, la mayoría de ellos aceptan un *humanismo teocéntrico* (Harbour), según el cual Dios ha creado al hombre y le ha puesto en la tierra para que cumpla una misión cuyo sentido último el ser humano desconoce, pero para la que cuenta con la revelación de una ley moral, válida universalmente. Por el contrario, para Hayek, las ideas y descubrimientos

humanos, los cuales vienen forjando la civilización, son el medio fundamental por el que la evolución de los hombres se adapta a un universo cambiante, cuyo sentido último y muchas de cuyas claves también se nos escapan. No habría en este caso una ley moral absoluta, sino tan sólo reglas pragmáticas de comportamiento, susceptibles de adaptación y revisión como los demás aspectos de la vida humana.

Esta dimensión básica, metafísica y moral, del pensamiento conservador no deja de plantear problemas en relación con la epistemología de los conservadores. Ésta acentúa más que la de los liberales la conciencia de la condición falible de la razón humana y su desconfianza hacia las grandes construcciones teóricas. Prefiere, por el contrario, el saber empírico y concreto, el método de la prueba y el error y evita cuanto puede las generalizaciones. Se produce así una tensión evidente entre esta actitud hacia el conocimiento y sus implicaciones prácticas y el carácter trascendente del *humanismo teocéntrico* conservador. Un problema que, en principio, no afecta al evolucionismo de los liberales, más abiertos, por otra parte, a la capacidad de las teorías para producir conocimiento.

En el terreno político conservadores y liberales han llegado a coincidir en la defensa del régimen constitucional como la mejor manera de controlar el poder y combinar la libertad con el orden, valor este último al que el conservadurismo es especialmente sensible. Pero, si se trata de una Monarquía, por ejemplo, los conservadores apelarán ante todo al valor de la tradición por ella representada y a su importancia para preservar el orden social y político; mientras que los liberales pondrán de manifiesto cómo el carácter hereditario de la Corona la hace especialmente apta para integrarse en la organización constitucional del Estado y funcionar como *poder neutral* (Constant). Finalmente será el rechazo del concepto de la soberanía nacional, situada por encima de la división de poderes y de la supremacía de la ley, lo que unirá más firmemente a conservadores y liberales en la defensa del Estado constitucional.

Conservadores y liberales pueden coincidir en la necesidad de la libertad religiosa o, al menos, de la tolerancia en esta materia. Pero, para los liberales, se tratará sobre todo de un asunto de conciencia, mientras que para los conservadores la religión constituye un componente esencial de la virtud cívica que quieren ver preservada y fomentada. (Un aspecto este de la ciudadanía al que liberales sin fe religiosa, como Tocqueville, prestaron especialísima atención.) Los conservadores no ignoran que, sin libertad, no puede haber virtud y que el poder al servicio de una religión oficial termina por esterilizarla. Pero se manifiestan aquí las consecuencias prácticas del dilema planteado en el terreno del conocimiento, lo cual impide que los conservadores puedan jerarquizar inequívocamente los tres valores políticos básicos que comparten con los liberales: libertad, orden y virtud ciudadana.

La defensa inequívoca de la propiedad privada y, por ende, del mercado, une a conservadores y liberales en el terreno de la economía, lo cual no significa que no existan también matices característicos. Unos matices que vienen a desembocar en una actitud diferente ante la sociedad capitalista. Los conservadores tienden a idealizar la sociedad agraria, más estable y jerárquica, en la que reina un concepto fuerte

y físico de la propiedad, encarnado en la propiedad de la tierra, asociada a su transmisión por herencia y, por lo tanto, a la institución de la familia y al de una elite gobernante aristocrática. Los liberales prefieren destacar las mucho más amplias oportunidades al esfuerzo, al mérito y a la iniciativa abiertas por la sociedad industrial y urbana, en la que la propiedad es más lábil, pero también es mayor la movilidad social.

Se derivan de aquí dos actitudes distintas ante el proceso histórico del mundo contemporáneo del que los conservadores detestan su renovada tendencia a minar los valores, para ellos centrales, que dan sentido a la vida humana (Dios, la familia, el respeto a una ley suprema por encima del arbitrio individual, la responsabilidad moral individual). Los liberales ante estos fenómenos tienden, por el contrario, a destacar las oportunidades de reforma y perfeccionamiento que un cambio más acelerado ofrece.

Unos y otros coinciden en la necesidad de la descentralización local y regional del poder político y en la importancia de asociaciones intermedias entre el individuo y el Estado, de manera que el tejido asociativo no esté mediatizado sino tan sólo amparado por este último y las personas puedan tener lealtades plurales. No obstante, el liberal destacará siempre el valor del individualismo como el principal fermento de la riqueza social, frente a la estabilidad corporativa preferida por los conservadores. Hayek reprocha a estos últimos además el proteccionismo agrario y las proclividades imperialistas que resultan, a su vez, una variante del proteccionismo. Ninguna de las dos corrientes negará, sin embargo, una actitud política y social profundamente marcada por la importancia y deseabilidad otorgada al papel rector de las élites.

La clave intelectual de la confluencia política entre conservadores y liberales, allí y cuando se ha producido, probablemente resida en los importantes puntos de coincidencia de su teoría del conocimiento y sus implicaciones políticas. Ambos parten de la base de que no es posible un saber exhaustivo del orden social ni de su evolución histórica ni, por lo tanto, una reorganización completa y radical de uno y otra sobre bases pretendidamente racionales y *científicas* que signifiquen la refundación de la naturaleza humana. El horror ante la megalomanía y los drásticos procedimientos del canon revolucionario contemporáneo, acuñado por la Revolución francesa, constituye, pues, el cemento antirrevolucionario que mejor ayuda a unir a conservadores y liberales. Pero esta alianza no significa el inmovilismo sino la aceptación del cambio histórico y su carácter espontáneo, que puede y debe ser canalizado según ciertos valores e instituciones deseables o que han acreditado su valor práctico y moral en el tiempo, esto es, un reformismo limitado.

La única manera que tienen los conservadores, por otra parte, de conjugar sus postulados metafísicos con la epistemología crítica y pragmática que, en líneas generales, comparten con los liberales es abrazar una política de compromisos como principio, salvo que opten por echarse en brazos del autoritarismo. Pero, si se impone la opción a favor del compromiso, el conservadurismo converge con un liberalismo que, asimismo, llegó a aborrecer como su antítesis el tipo de comunidad igualitaria

organizada por la dictadura jacobina, basada en un racionalismo dogmático, y que más tarde reeditaron sucesivas versiones de la política revolucionaria durante el siglo xx.

## II. LOS CASOS DE FRANCIA, ALEMANIA E ITALIA, 1830-1939

Desde el punto de vista de la congruencia entre la teoría y la acción política, la descripción anterior de los rasgos doctrinales del liberalismo conservador —que no tiene en cuenta su desarrollo en el tiempo— corresponde mejor con el mundo anglosajón que con el europeo continental, mucho más conflictivo. No obstante, y aunque este análisis se centra en la evolución política y no intelectual del liberalismo conservador en los países citados, conviene no olvidar que algunos de los principales exponentes de éste fueron y son de origen europeo continental. Los autores franceses de la primera mitad del xix presentan unos perfiles de doctrina política y fuertemente históricos: Constant, Tocqueville y Guizot, entre otros. Pero en la segunda mitad del siglo pasado y primer tercio del nuestro los nombres de referencia, en los casos alemán e italiano y francés aparecen ligados estrechamente al desarrollo de la sociología y, en el caso austríaco, a la economía.

### 1. *Francia. La política liberal-conservadora como «convergencia de centros» frente a la confrontación izquierda-derecha*

La existencia del absolutismo constituye la diferencia más importante en el comienzo de la trayectoria política de los países aquí considerados respecto al caso británico. El planteamiento fundador del conservadurismo liberal por parte de Burke se enfrentaba a unas circunstancias políticas muy distintas de las británicas en el caso de las principales naciones continentales, donde el parlamentarismo estamental había fracasado ante el sistema burocrático-monárquico como gobierno efectivo de los pueblos. Sólo el hecho, a menudo ignorado o subestimado, de que la Monarquía derrocada en Francia en 1792 fuera ya una Monarquía constitucional, creada por los Estados Generales, y no la antigua Monarquía absoluta permitió a testigos de la época, como Madame Staël y Benjamín Constant, deslindar nítidamente el terreno propio del liberalismo del de la democracia revolucionaria jacobina y del régimen plebiscitario napoleónico.

Luego del precedente del reinado de Luis XVIII, sobre todo entre los años 1815 y 1820, la tentativa más importante y prolongada de organizar políticamente Francia en régimen de Monarquía constitucional correspondió al denominado «régimen de Julio», de 1830 a 1848, con Luis Felipe de Orleáns. Una Monarquía laica, distante de la Iglesia aunque respetuosa con ella, para la que la constitución representaba un contrato con la nación. Un gobierno de notables que ejercían la función y no el derecho de representar la soberanía, no tanto de la nación, cuanto de la razón, la cual,

para Guizot, tenía un contenido eminentemente histórico ya que el dominio social, así como la hegemonía política y cultural de las clases medias, coronaba el desarrollo de la civilización europea. Oficialmente, se otorgaba la máxima dignidad a la institución parlamentaria, aunque su funcionamiento se resintiese de la interferencia de una administración fuertemente centralizada, herencia del absolutismo, pero decisivamente perfeccionada por Bonaparte.

No todo era unanimidad, sin embargo. El liberalismo parlamentario y moderado, motor del régimen orleanista, pronto se dividió entre el *partido del movimiento* y el *partido de la conservación*. Conscientes de que Luis Felipe había subido al trono desde las barricadas para evitar la República, el partido del movimiento buscaba la integración paulatina de una numerosa pequeña burguesía, republicana y patriota, mediante sucesivas y graduales ampliaciones del censo electoral. Thiers sintetizó el programa de los partidarios del movimiento con el lema del «Rey reina, pero no gobierna». Guizot, al frente de los conservadores y máximo inspirador de la política del régimen orleanista en su última etapa, replicaba que «el Trono no es un sillón vacío» y a las demandas de ampliación del sufragio respondía con el «enriqueceos», es decir, con la invitación a alcanzar el nivel de renta que el censo exigía para poder votar.

Pierre Rosanvallon ha observado con gran agudeza que el hecho de que la filosofía de Guizot no sólo no disimulara sino que racionalizara y exaltara el dominio de la burguesía, equidistante tanto de una vuelta a la desigualdad civil del Antiguo Régimen como del igualitarismo revolucionario, perjudicó con sus pretensiones hegemónicas en lo cultural y exclusivistas en lo político aquel régimen orleanista que fue, en gran medida, obra de Guizot. A lo cual añade Rosanvallon que la concepción absoluta de la soberanía, heredada del Antiguo régimen, y que la revolución se limitó a desplazar del rey a la nación, difícilmente podía comprender ni identificarse con la definición de la Corona como *poder neutral* entre el gobierno y el parlamento, que mantuviera además una relación puramente contractual-racional con la nación. Un planteamiento más propio de Benjamin Constant, por otra parte, pero no tanto de los doctrinarios como Guizot. Los orleanistas, en todo caso, fueron incapaces de perfilar suficientemente el modelo y el funcionamiento de la Monarquía constitucional, más allá de las frases de Thiers y Guizot antes citadas, y se limitaron a destacar su carácter de síntesis entre orden y progreso.

Los acontecimientos revolucionarios de 1848 pusieron de manifiesto la fragilidad del régimen de las elites orleanistas y, con la implantación del sufragio universal, la política de «juste milieu» fue sustituida por otra de confrontación entre izquierda y derecha. Esta polarización impidió, que los orleanistas, pero también las restantes fuerzas integrantes del *partido del orden*, legitimistas y católicos, dieran toda la importancia al hecho fundamental de que, cuando el sufragio universal funcionaba en Francia con la suficiente amplitud, producía resultados conservadores y la mayoría de la Asamblea nacional, elegida a raíz de la revolución, correspondía a las tendencias integrantes del partido del orden. Sin duda la posterior elección del príncipe Luis Napoleón como presidente de la República por abrumadora mayoría

enfrió mucho los ánimos sobre lo que podía esperarse del sufragio universal. Pero el caso es que el grueso de las fuerzas conservadoras fue incapaz de pasar de una estrategia negativa de defensa social a otra positiva de construcción de una democracia conservadora, con la excepción de Tocqueville, que sí vio esta posibilidad con el régimen republicano.

La polarización izquierda-derecha, además de paralizar a republicanos y conservadores y conducirlos finalmente al fracaso, tampoco contribuyó a que la coalición del partido del orden se convirtiera en una formación política más compenetrada. Las profundas diferencias entre sus integrantes, sus enfrentamientos, así como el temor siempre presente a la agitación revolucionaria del republicanismo, crearon el caldo de cultivo adecuado para el golpe de estado del Príncipe-presidente.

El Segundo Imperio representó un período de marginación política para las fuerzas ajenas al bonapartismo, pero conoció importantes transformaciones intelectuales y políticas que propiciaron la *convergencia de centros* que hizo posible la Tercera República. El cambio fue importante sobre todo entre los republicanos, que reemplazaron la tradición del iusnaturalismo revolucionario por el evolucionismo de Comte. La educación y el sufragio universal y no la insurrección y la dictadura revolucionaria pasaron a convertirse en las grandes palancas del progreso histórico. La República tenía que ser democrática, pero también parlamentaria, lo cual hubiera sonado contradictorio bajo la Monarquía de Luis Felipe, tanto en los oídos orleanistas como en los republicanos. El fracaso de la Comuna, el último estallido de la revolución parisina contra los resultados del sufragio universal del resto de la nación, no hizo sino sancionar aquella evolución de los republicanos. Toda su radicalidad se concentró en la lucha contra la Iglesia católica, que aparecía como el último y más fuerte bastión intelectual y moral de un Antiguo Régimen desaparecido hacía más de ochenta años.

Cuando Napoleón III sufrió la derrota de Sedán frente a los prusianos, en 1870, su régimen había comenzado igualmente, desde poco antes, una evolución hacia el parlamentarismo asentado en el sufragio universal, pero conservando el recurso al plebiscito por parte del Emperador. La República que se improvisó con la derrota eligió, lo mismo que la de 1848, una asamblea nacional de mayoría monárquica, dividida asimismo entre orleanistas y legitimistas a partes prácticamente iguales. Pero las cosas no discurrieron por el mismo camino que entonces.

La fusión dinástica entre Chambord y los príncipes de Orleáns, alentada por los elementos más conservadores del partido orleanista como Guizot, en lugar de favorecer, bloqueó la solución monárquica, ya que el conde de Chambord, nieto de Carlos X, a quien primero le hubiera tocado reinar, rechazaba toda forma de Monarquía constitucional y ni siquiera aceptaba la bandera tricolor. Otros orleanistas como Thiers, que nunca confiaron en la fusión de las dos ramas dinásticas, y que estaba en esos momentos a la cabeza del poder ejecutivo vieron en aquella situación la posibilidad de coincidir con los elementos no revolucionarios del republicanismo, representados por Ferry y Gambetta, para convertir la República parlamentaria en

un régimen conservador, aunque democrático, que, en su opinión, era el que menos dividía a los franceses.

Pero la política de «convergencia de centros» no se abrió paso directamente. Fue hostilizada por los elementos radicales del republicanismo que desafiaron electoralmente a Thiers y, especialmente, por la derecha orleanista acaudillada por el duque de Broglie. Éste forzó la dimisión de Thiers a quien sustituyó el mariscal Mac Mahon, el cual ostentó el título de presidente de la República de manera estrictamente personal. Se trataba de la sustitución de la «convergencia de centros» por la oposición izquierda-derecha con el objetivo de dar paso a una interinidad, al cabo de la cual, fuera posible restaurar la Monarquía o, cuando menos, organizar una República sin republicanos. La restauración se confirmó imposible, pero el segundo objetivo se materializó en dotar a la República de un Senado, surgido indirectamente, eso sí, del sufragio universal, que reafirmaba el divorcio definitivo entre el régimen republicano y el jacobinismo. La fuerte recuperación electoral de los bonapartistas y su buen entendimiento con el legitimismo, que había impedido cualquier tentativa de aproximar a los Orleáns a la Corona, determinó el reencuentro entre orleanistas y republicanos moderados lo que, unido al continuo avance electoral de todo el republicanismo, puso fin a la presidencia de Mac Mahon y a la tentativa de una república autoritaria en la perspectiva de una ya imposible restauración monárquica.

En el desarrollo posterior de la Tercera República, durante el período comprendido entre la caída de Mac Mahon y la guerra de 1914, la derecha liberal-conservadora francesa permaneció alejada del poder, salvo un breve período en los años noventa, en los que —bajo el nombre de progresistas u oportunistas— protagonizó un intento de integración en la República de los católicos *ralliés* (la Alianza liberal), seguidores de las recomendaciones de participación en la vida política republicana contenida en la encíclica *Rerum Novarum* del papa León XIII. El *affaire Dreyfus* puso fin a esta línea de acción política, y la derecha liberal, que mantuvo una actitud desdibujada durante toda la crisis, volvió a dividirse entre quienes, con Waldeck-Rousseau a la cabeza, aceptaron una política de defensa del régimen, incluido el anticlericalismo como elemento de aglutinación, y los que se negaron a la alianza con radicales y socialistas independientes.

Las posibilidades de aproximarse nuevamente al área del gobierno reaparecieron cuando la derecha liberal, en esta ocasión bajo el nombre Federación republicana (integrada por la Gauche democratique y la Gauche republicaine democratique), pasado lo más duro de la política de separación de Iglesia y Estado que siguió al *affaire Dreyfus*, se vio solicitada por los herederos de Waldeck-Rousseau, encabezados por Poincaré, para una alianza electoral pocos años antes del estallido de la Primera Guerra Mundial. Se gestó así la política de *Union sacrée* que, en 1919, tras la victoria, dio paso al *Bloc National*, en el que la nueva «convergencia de centros» de la Federación republicana y el centro-centro de la Alianza democrática de Poincaré triunfaron abrumadoramente en las elecciones generales de aquel año, con la ayuda de núcleos radicales e incluso socialistas independientes que se integraron en

las listas del Bloc National. Los términos nación, república y derecha liberal parecían ahora definitivamente reconciliados.

Hasta 1929 estuvo muy claro que, para la derecha liberal francesa, la política de «convergencia de centros» era la única que le permitía participar en el poder, mientras que la contraposición izquierda-derecha, en la que el país quedaba dividido casi al 50 por 100, la aislaba en sus posiciones electorales y parlamentarias insuficientes para llegar al gobierno. Esas posiciones eran el resultado de una amplia y ambigua alianza entre la derecha liberal y variados elementos nacionalistas, católicos e independientes, incluso monárquicos supervivientes, dispuestos a participar en la legalidad. Aunque la política de masas se venía imponiendo lentamente en Francia, sobre todo en la izquierda socialista y comunista, en detrimento de la influencia tradicional de los notables en las pequeñas y medianas ciudades, la derecha liberal optó deliberadamente por prescindir de una gran organización política extraparlamentaria y rentabilizar al máximo esa política de alianzas con sectores de la derecha que poco o nada tenían que ver con el liberalismo. Con ese fin se atenuaban los perfiles ideológicos y programáticos, incluso se cultivaba un cierto «apoliticismo», a fin de no desperdiciar un solo voto. Es preciso tener en cuenta que salvo una etapa entre 1919 y 1926 en que rigió un sistema proporcional muy distorsionado, el sistema electoral habitual era el de distrito mayoritario a dos vueltas. Sin embargo, aunque los liberal-conservadores fueran el grupo parlamentario más numeroso entre los varios de la derecha, era el caso que esa política electoral retraía el voto de muchos electores, moderados, pero firmemente republicanos. De ahí la importancia vital de contar con la colaboración de republicanos fuera de todo reproche, e inequívocamente liberales, como los que constituían el centro de la Alianza democrática y sin cuya «convergencia» no era posible el acceso al gobierno. Los pilares de esa colaboración venían dados por la aplicación de una política presupuestaria equilibrada al servicio de un franco fuerte y una acción exterior nacionalista, intransigente en el cumplimiento del Tratado de Versalles y de máxima independencia respecto a Gran Bretaña que, no obstante, algunos elementos del centro como Briand no compartían.

Por el lado de la política económica la influencia de la derecha y del centro liberales podía extenderse a amplios sectores del partido radical. Éstos se aliaban con los socialistas de la SFIO sobre la base de la ortodoxia republicana y, en definitiva, del anticlericalismo, pero los radicales acababan chocando con la política de gasto público de los socialistas. De esta forma, la «convergencia de centros» consiguió llegar al poder, no sólo tras ganar las elecciones generales como en 1919 y en 1928, sino también mediante cambios de las alianzas parlamentarias que significaron la ruptura del *Cartel des gauches* entre radicales y socialistas, pese a sus victorias electorales de 1924 y 1932 ya que, luego de éstas, los radicales prefirieron apoyarse en los escaños del centro-derecha en 1926 y en 1934. Significativamente la acción de las ligas extra y antiparlamentarias siempre se reforzaba después del triunfo electoral de las izquierdas en las urnas.

La política de «convergencia de centros» funcionó mientras hubo líderes provenientes del centro liberal que la encabezaran y no se planteó la reforma de las



instituciones republicanas. Pero empezó a dejar de hacerlo cuando Poincaré abandonó la escena política por enfermedad en el fatídico año de 1929 y el protagonismo pasó al líder de la derecha liberal, perteneciente a una nueva generación, Tardieu. Sus propuestas, en parte planteadas con anterioridad, de reforzar el poder del ejecutivo y racionalizar el trabajo parlamentario para hacerlo más eficaz parecieron autoritarias al centro y a la izquierda y el Senado hizo caer su gobierno. Algo parecido ocurrió cuando, tras el intento de asalto de la Asamblea Nacional por las ligas de la extrema derecha en 1934, el *Cartel des gauches*, en el poder desde las elecciones de 1932, tuvo que dejar el poder a una nueva «convergencia de centros». Las propuestas del antiguo presidente de la República y ahora primer ministro, Doumergue, parecidas a las de Tardieu, cayeron de nuevo en saco roto. De ahí que cuando el Frente Popular se deshizo por la ruptura entre radicales y comunistas, dos años después de su triunfo electoral en 1936, ya no tuvo lugar una nueva «convergencia» porque el centro y la derecha liberal estaban profundamente divididos y no eran capaces de constituir nuevas mayorías con los radicales. Esta situación no fue sólo consecuencia de la desconfianza que inspiraban las propuestas de reformas institucionales de la derecha liberal. Los radicales temían también que aquella persiguiera la implantación del sistema proporcional puro para romper la disciplina republicana que aliaba siempre, en la segunda vuelta de las elecciones, a radicales y socialistas. Ni siquiera la política económica de equilibrio presupuestario y franco fuerte que suscitaba el más amplio acuerdo de todos los sectores liberales pudo mantenerse igual tras la crisis de 1929. Aparecieron discrepancias entre quienes siguieron firmes en la vieja ortodoxia y los que, como Tardieu, creían necesaria una mayor intervención del Estado para reforzar la potencia industrial de la economía francesa.

Sin embargo, hay que atribuir al continuo deterioro de la situación internacional a lo largo de los años treinta, con la liquidación de la República de Weimar y la llegada al poder de los nazis, las consecuencias más demoledoras para la política interior de Francia. Desde el punto de vista financiero, el final del pago de las reparaciones y la liquidación del sistema de Versalles emprendida por Hitler exigía de la derecha y del centro liberal franceses, si mantenían su política tradicional de dureza frente a Alemania ahora bastante más justificada que en la etapa de la República de Weimar, nuevos e ingentes gastos militares incompatibles con el equilibrio presupuestario. Una política decidida a enfrentar una nueva guerra, incluso preventiva, con Alemania chocaba, por otra parte, con el pacifismo a ultranza de los socialistas, hostiles al Tratado de Versalles lo que, a su vez, disuadía a sus aliados radicales. Tampoco se mostraba dispuesta la derecha liberal a asumir otra de las consecuencias de esa política de fuerza frente a Alemania: la necesidad de una alianza con la Rusia soviética, aunque la tanteó. La victoria del Frente Popular, luego de los fracasos de reforma constitucional de Tardieu y Doumergue, produjo además una profunda desmoralización en la derecha liberal. De un lado porque era la segunda vez, después de 1932, en que el sufragio universal desautorizaba —aunque fuera por escaso margen de votos— un gobierno basado en la «convergencia de centros», de otro, porque aquella victoria introdujo a los comunistas en el área del gobierno, lo

cual arruinó la autoridad de las instituciones republicanas a ojos de gran parte de los liberal-conservadores cuyas reformas institucionales, muy al contrario, no se aceptaban. La inclusión de los comunistas llevó a muchos de ellos a la conclusión de que el enfrentamiento abierto con Alemania, además de echar a Mussolini en brazos de Hitler, sólo beneficiaría el dominio soviético de Europa. Otra parte, minoritaria, de la derecha y el centro liberales por el contrario, entre los que destacaba el grupo de Paul Reynaud, mantuvo sus convicciones republicanas y se orientó en política internacional a una alianza privilegiada con los países anglosajones para hacer frente a la Alemania nazi. Por tanto, cuando el Frente Popular se agotó y se disolvió en 1938, a los dos años de su triunfo electoral, el mismo plazo que las otras dos anteriores experiencias gubernamentales del *Cartel des gauches*, en Francia sólo fueron posibles gobiernos extremadamente frágiles de radicales y una parte minoritaria del antiguo centro derecha, mientras la seguridad internacional del país se debilitaba aceleradamente, sobre todo tras los acuerdos de Múnich de 1938. De esta forma la vuelta, desde cuatro años antes, a la confrontación izquierda-derecha, distorsionada y radicalizada en gran medida para sus propios protagonistas con la clave ideológica fascismo-antifascismo, hizo imposible la reproducción de la «convergencia de centros», esta vez en una situación internacional extremadamente peligrosa para Francia, que tuvo como consecuencia el hundimiento de la República parlamentaria tras la derrota y la invasión alemana. Una situación similar, no obstante, a la que había traído la República setenta años antes y la había galvanizado y legitimado en 1914-1919, pero que no podía ser enfrentada desde la bancarota política del centro y la derecha liberales.

## 2. Alemania. La intimidación del liberalismo conservador por el nacionalismo

El papel diferenciador del absolutismo entre la evolución política de Gran Bretaña y la de los países continentales, señalada a propósito de Francia, mostró una mayor influencia todavía en el caso alemán. El vigor del régimen absolutista, tanto en su forma específicamente prusiana como después de la creación del Segundo Reich, contribuyó a impedir el camino de los conservadores hacia el liberalismo, a la vez que impuso severas limitaciones a los objetivos políticos de este último. Esa impronta autoritaria y modernizadora del absolutismo prusiano sirvió también para ocultar las profundas divisiones y desequilibrios que caracterizaron la política alemana, también después de la unificación de 1870.

Las revoluciones de 1848 y la Asamblea de Francfort dejaron perfectamente acreditada la existencia de un liberalismo conservador en Alemania, de claro cuño burkeano, que se vio reforzado por la existencia de la Escuela histórica del derecho. El proyecto político liberal-conservador hubiera podido ser firmado asimismo por Guizot. También quedaron claras, sin embargo, las profundas divisiones entre este liberalismo conservador y otro democrático, filorrepblicano, además de una tenden-

cia radical que hablaba ya de democracia económica y emancipación del proletariado.

El intento de la Asamblea de Francfort de proporcionar a Alemania la unidad política sobre bases democráticas fracasó, entre otros motivos, por la negativa del rey de Prusia, Federico Guillermo IV a recibir la corona de manos de la revolución. Quedaron sentadas así las bases para la alianza entre el nacionalismo y el absolutismo que Bismarck representó a la perfección. Cuando éste, recién nombrado canciller de Guillermo I de Prusia, sucesor de Federico Guillermo IV, hizo aprobar ilegalmente por el senado prusiano el presupuesto militar que le negaba la cámara de diputados, donde los liberales trataban de imponer el régimen parlamentario mediante el control del dinero público, Bismarck dio el primer paso en un tenaz y conseguido empeño de impedir la evolución parlamentaria de la Monarquía prusiana.

Para neutralizar los efectos políticos más peligrosos de su golpe de mano, Bismarck enarbó la bandera de la unificación alemana, hasta entonces desairada por los conservadores. La unidad se llevó a cabo mediante la diplomacia y la guerra en la que eliminó los dos principales obstáculos en su camino: Austria, primero, y la incauta y temeraria Francia de Napoleón III, después. Bismarck culminó su obra con la elección de un Reichstag por sufragio universal de toda Alemania, pero dentro de una constitución con tales retorcimientos que la posibilidad de que la mayoría parlamentaria de ese Reichstag ejerciera el gobierno se consideraba incompatible con las prerrogativas soberanas que conservaban los estados integrantes del Reich y sus príncipes respectivos, el de Prusia en primer término. Es decir, que Bismarck reafirmó la incompatibilidad entre parlamentarismo y unidad nacional.

Los liberal-conservadores —que no en vano se llamaron nacional-liberales— habían preferido, desde 1848, una estrategia hacia la parlamentarización de facto, sin necesidad de constitucionalizarla como exigían los liberales demócratas, pues confiaban en el paraguas de la Corona para evitar desbordamientos autoritarios por la derecha y revolucionarios por la izquierda. Pero acabaron encontrándose sin margen de maniobra. El desarrollo del sufragio universal no los favoreció ni les proporcionó aliados. Los conservadores autoritarios, a su derecha, se convirtieron en el partido defensor de los intereses agrarios de los latifundistas, cuya principal vinculación con la política del Reich era la defensa del proteccionismo. Pese a su aproximación a importantes organizaciones agrarias, la derecha conservadora no mostró interés por la política de masas democrática, por lo que, hasta la creación de DNVP (partido nacional popular alemán), ya en la República de Weimar, no se convirtieron los conservadores antiliberales en el gran partido capaz de integrar todas las tendencias conservadoras y nacionalistas, a excepción de los nazis. Sin embargo, y desde vísperas de la Primera Guerra Mundial, luego de formarse la primera mayoría de centro-izquierda en el Reichstag en las elecciones de 1912, con socialdemócratas, católicos y liberaldemócratas, sí pudo percibirse un neto giro nacionalista e imperialista en el medio conservador, abierto a la ideología del racismo *völkisch*. Un giro que facilitó el desplazamiento de los antiguos terratenientes monárquicos por nuevos políticos profesionales nacionalistas dentro de las filas conservadoras. Ya en la

República de Weimar, la acentuación de esta política con Hugenberg, quien se hizo con el control del DNVP desde 1928, y la posterior formación del Frente de Harzburg con los nazis en 1932, sirvió perfectamente para favorecer la absorción de los conservadores por el nacionalsocialismo.

Desde el centro y la izquierda, el desarrollo de la democracia no allanó tampoco las cosas a los liberal-conservadores. La movilización del sufragio universal favoreció a dos fuerzas: el Zentrum católico y la Socialdemocracia que, aunque patriotas, estaban fuera de los valores del nacionalismo liberal y de sus instituciones políticas y eran despreciados o vistos con temor por éstas. La *Kulturkampf* de Bismarck supuso una buena muestra de ese desprecio, cuando el nuevo Reich recién fundado trató de erigirse en portador no sólo del ordenamiento jurídico, sino también de la verdad política. Las leyes antisocialistas que, entre 1878 y 1890, limitaron la legalidad de la Socialdemocracia al grupo parlamentario propiciaron, por otra parte, su aislamiento en una subcultura de clase decisivamente influida por el marxismo. Bismarck se las arregló, en ambos casos, para unir a todas las demás fuerzas políticas contra su enemigo del momento y, con unas u otras variantes, igualmente se las arreglaron los sucesivos cancilleres del Segundo Reich para componer cada uno, con la confianza exclusiva del Káiser, diferentes mayorías en el Reichstag y no depender de ellas.

Los liberal-conservadores fueron comprobando así que carecían de fuerza para imponer la parlamentarización y que ni el desarrollo electoral y parlamentario del socialismo ni, en menor medida, del Zentrum católico, que propiciaban la democratización, favorecía la evolución parlamentaria del Reich. La Socialdemocracia, al menos hasta 1912, identificaba la democracia con el socialismo, que pensaba conseguir a través de la lucha de clases. El partido católico, como en otros países, prefirió a su vez alcanzar objetivos pragmáticos y concertar alianzas ventajosas con conservadores y liberales para explotar el sistema electoral de las *tres clases* en Prusia, en detrimento de los socialistas. Los liberales en particular, tanto conservadores como demócratas, debían a este injusto sistema electoral importantes posiciones políticas, sobre todo en el gobierno local. ¿Qué significado hubiera tenido, pues, para los liberal-conservadores favorecer una parlamentarización que hubiera acelerado el gobierno de socialistas y católicos en Prusia y en Alemania? El liberalismo conservador fue así languideciendo en estas circunstancias, sin proyectos políticos ni alianzas para realizarlos. Y cuando la futura coalición de Weimar de socialistas, católicos y liberaldemócratas, entre los tres grupos mayoría absoluta en las elecciones al Reichstag de 1912, se decidió a actuar como tal y, en el verano de 1917, ya bien avanzada la guerra, exigió del gobierno imperial que precisara sus objetivos bélicos y la elección parlamentaria del canciller para el futuro, los liberal-conservadores callaron.

Bastante más destacado resultó el papel del DVP (partido popular alemán), heredero de los nacional-liberales en la República de Weimar. Aunque ese protagonismo obedeció especialmente al relieve de su principal dirigente, Gustav Stresemann. De origen modesto, organizador y hombre de confianza de los círculos de la

gran empresa, representaba cabalmente a los republicanos racionales que, aunque monárquicos y nacionalistas de corazón, entendían que la consolidación de la República era el mejor modo de devolver a Alemania un puesto preponderante en los asuntos europeos y atajar las consecuencias revolucionarias de la guerra. Stresemann tuvo un papel decisivo, en su breve paso por la cancillería, para sacar al régimen de la terrible crisis económica y política de 1923, no menos grave que la posterior de 1932-33. Para ello encabezó un gobierno de gran coalición que englobaba a la citada coalición de Weimar y a su propio partido, el DVP, hasta entonces en el campo antirrepublicano. Para ello contó con la decisiva colaboración del presidente socialdemócrata Ebert. Después de eso, desde la cartera de Exteriores, Stresemann dedicó todas sus energías a la normalización de las relaciones de Alemania con los países occidentales, especialmente con Francia.

El partido de Stresemann representaba una fuerza electoral menor que osciló entre el 4 y el 13 por 100 de los votos. No obstante, ese modesto porcentaje electoral se volvió decisivo cuando, desde las elecciones de 1920 en adelante, se convirtió en la única manera de ampliar la coalición de Weimar para conseguir la mayoría absoluta. Esta situación no impidió, de todas formas, su incompatibilidad con la Socialdemocracia, sobre todo en cuestiones económicas, lo que imposibilitaba su colaboración en el mismo gobierno salvo en situaciones excepcionales como la citada de 1923.

La muerte de Stresemann en 1929 seguramente facilitó la ruptura de la gran coalición que se había formado por segunda vez tras las elecciones de 1928, ganadas por los socialdemócratas que ostentaron la cancillería. Pero ese gobierno no resistió las discrepancias internas sobre las medidas a adoptar ante la crisis económica y los socialistas lo abandonaron ante la decisión de recortar el seguro de desempleo. Pusieron fin así al funcionamiento parlamentario del régimen de Weimar y facilitaron con ello un paso decisivo para su liquidación. Apenas tres años después, el partido de Stresemann se desplomaba hasta el 1 por 100 en las dos elecciones de 1932 convocadas por Von Papen.

### 3. Italia. El liberalismo conservador traicionado por el nacionalismo

En el caso italiano, los liberal-conservadores no solamente se vieron afectados de lleno por el proceso de unificación nacional, sino que lo protagonizaron. De este modo en la figura de Cavour coincidieron la del fundador de la tradición liberal moderada y la del arquitecto del nuevo Reino de Italia. En cuanto al primero, al tratarse del moderantismo piemontés, la impronta francesa predominaba sobre cualquiera otra, por lo que los grandes rasgos descritos para el liberalismo orleanista de Guizot se adaptan perfectamente a este caso. Si acaso cobran una mayor importancia el recurso a la centralización administrativa en la acción de gobierno y un muy acentuado censitarismo. Los herederos de Cavour, la conocida como *Destra storica*, que gobernaron la Italia unificada en sus primeros años, intentaron paliar estos dos

rasgos aplicando la más estricta objetividad en la acción administrativa y judicial, cosas difíciles de conseguir en Italia, sobre todo fuera del Piamonte. Cuando la Destra perdió el poder por una escisión de su sector toscano en 1876, se planteó en toda su crudeza en principal problema político del Estado liberal italiano: su estrechísima base social y política de sustentación.

El elitismo moderado había soñado con una unificación federal pactada por los príncipes de los diferentes estados italianos, que hubiese excluido la intervención popular. Si garibaldinos y mazzinianos tomaron finalmente parte en el proceso de unificación fue porque el primer camino se demostró ilusorio y, además, los moderados comprobaron que ni garibaldinos ni mazzinianos estaban dispuestos a desencadenar la revolución social. Una vez asentada la unidad italiana por tanto, y autoexcluidos los católicos de la vida política del nuevo Estado por imposición del Vaticano, a la Destra storica disgregada pudieron sucederla únicamente los garibaldinos y mazzinianos reconciliados con la Monarquía de Saboya, junto con el liberalismo del centro y del sur del país, situados más a la izquierda que el moderantismo piamontés. En esa situación surgió el procedimiento del *transformismo*, inaugurado por Depretis. Consistía éste en una acentuación del papel del primer ministro como líder del gobierno y de la mayoría parlamentaria que, en cuanto tal, tenía una relación directa con los diputados que lo apoyaban, al margen de disciplinas de grupo parlamentario o de partido que, por lo demás, tenían un desarrollo embrionario. Esa relación significaba que la mayoría parlamentaria, de contornos fluctuantes, se basaba en un acuerdo político entre el jefe del gobierno, designado por el Rey, y un número suficiente de diputados, acuerdo que conllevaba un intercambio de favores administrativos y judiciales entre el gobierno y los diputados que lo apoyaban.

Toda la política del liberalismo conservador italiano, en sus distintos y a menudo enfrentados exponentes, consistió en acabar con el transformismo tachándolo de corrupción. Pero ésta representaba sólo un aspecto de esa política, pues el otro, como pudo apreciarse con la llegada de Depretis al poder, significaba un lento y controlado proceso de democratización. Así, la restricción del voto se separó del censo y se condicionó a la alfabetización, con cuyo fomento se comprometía el gobierno a través del desarrollo de la escuela pública.

Con una escasa vertebración organizativa limitada a los periódicos y un fuerte condicionamiento local y regional, el transformismo forjó una suerte de centro liberal, aledaño siempre al gobierno, flanqueado a su derecha por los liberal-conservadores y a su izquierda por una Sinistra monárquica y todavía un partido radical, tendencias todas ellas liberales, susceptibles de integrar en un momento determinado una mayoría transformista. Fuera de esta constelación liberal permanecían los católicos, sin cuyo apoyo ninguna política conservadora podía contar con una base social amplia; los republicanos irreductibles y, sobre todo, desde principios de siglo, los socialistas, quienes, como los católicos, se caracterizaron por un importante despliegue organizativo que intimidó y desagradó, como en otras partes, a los liberales.

Las propuestas alternativas al transformismo formuladas por los liberal-conservadores, inaccesibles los católicos, se vieron debilitadas todavía más por las divisio-

nes entre los que las propugnaron. La mayoría de ellas se plantearon en el cambio de siglo. Minghetti y el barón de Rudiní coincidieron sucesivamente en esgrimir la bandera de la descentralización, a lo que Minghetti añadía, en una línea desarrollada luego por Gaetano Mosca, la atribución de funciones públicas a corporaciones profesionales, autónomas respecto de la burocracia estatal, que contaran con las competencias profesionales suficientes. Ninguno de ellos mencionaba, sin embargo, la organización disciplinada de un partido liberal fuerte, que era la primera preocupación de otro de los destacados y más jóvenes líderes de los liberal-conservadores, Sidney Sonnino. Pero el amplio eco que en Italia tuvieron las críticas en contra de los modernos partidos de organización profesional y militancia masiva, formuladas por Moisei Ostrogorski y Robert Michels, puso de manifiesto el desagrado de la mayoría de los liberales hacia esas formas organizativas, rechazadas también por Mosca. Sólo una Nueva Derecha lombarda mostró interés por las propuestas organizativas de Sonnino, que además se definía como liberal, antidemocrática, antisocialista, librecambista e industrialista, admiradora de la ciencia política de Wilfredo Pareto frente a los mitos que manejaban las corrientes de mayor seguimiento popular como los socialistas y los católicos. Los esfuerzos de Sonnino tuvieron que limitarse, pues, a la edición de un órgano de prensa y a la organización de su propio grupo parlamentario, cuya unidad no duró mucho. En un punto sí coincidieron las tendencias y líderes liberal-conservadores y era en considerar la ampliación del sufragio como un reforzamiento de las prácticas corruptas del transformismo. Hubo también coincidencia en el rechazo a otra de las propuestas de Sonnino que consistía en una vuelta a la interpretación literal del Estatuto constitucional del Piamonte, fruto de la revolución de 1848 y extendido con la unificación a toda Italia, el cual establecía una Monarquía constitucional con amplios poderes de la Corona, y un régimen político no parlamentario, al contrario de lo que había llegado a ser.

El hecho de que durante la década anterior a la guerra ni los esfuerzos liberal-conservadores ni, por otra parte, los de la izquierda monárquica, los radicales y los socialistas reformistas consiguieran dar origen a organizaciones políticas sólidas explica que el transformismo se mantuviera con el liberal reformista Giolitti y que éste tratara de extenderlo a socialistas y católicos con propuestas a veces contradictorias, pero congruentes con el deseo de ampliar las estrechas bases del Estado liberal italiano.

La ocasión de los liberal-conservadores llegó con el estallido de la Primera Guerra Mundial, y sirvió para poner de manifiesto cómo un sustrato nacionalista y unos métodos autoritarios podían llegar a traicionar la dimensión liberal de aquéllos. Ya las propuestas de un pequeño grupo de diputados, conocidos como «Jóvenes turcos», formuladas antes del conflicto y consistentes en una aproximación de los liberal-conservadores a los católicos y a los nacionalistas para, con los proyectos imperialistas de estos últimos, lanzar una política de masas que oponer al reformismo de Giolitti, encontró el apoyo de Salandra, otro de los líderes liberal-conservadores. Salandra no ocultaba su deseo de promover una confrontación abierta, no sólo con los socialistas, sino con los demás grupos que se reclamaban de la democracia.

Cuando Italia entró en la guerra, fueron Salandra y Sonnino quienes ocuparon la presidencia del gobierno y el ministerio de Exteriores, respectivamente. El transformismo más espectacular se produjo, precisamente, cuando un Parlamento abrumadoramente neutralista, intimidado por las manifestaciones de calle y la presión de la Corona, puso la mayoría absoluta giolittiana, elegida en 1913 y partidaria de la neutralidad, al servicio de un gobierno belicista encabezado por liberal-conservadores. Lo más absurdo era que ni Salandra ni Sonnino ni Giolitti confiaban en la capacidad de resistencia de Francia y sí lo hacían en la fuerza militar de los Imperios centrales, a cuya alianza Italia había pertenecido hasta la víspera. Fueron las ambiciones nacionalistas y las promesas desorbitadas de la Entente en el Tratado de Londres, junto con el deseo de derribar a Giolitti, lo que arrastró a los liberal-conservadores a una aventura, a la que el líder transformista se resignó y prestó su mayoría parlamentaria.

Cuando terminó la guerra, los liberal-conservadores volvieron a una posición marginal, pero la política transformista giolittiana ya no pudo ser reconstruida, ni con Nitti, su heredero intervencionista en la contienda frente al neutralismo de su jefe, ni con el propio Giolitti vuelto al poder en los años 1920-21, cuando la agitación revolucionaria del maximalismo socialista impidió consolidar la democratización y comenzaba la ofensiva fascista. La inconsciencia de la entrada en la guerra se repitió, pues fue Giolitti el que, creyendo domesticarlos, metió a candidatos fascistas en su lista electoral, facilitando así que salieran elegidos los primeros treinta y cinco diputados de Mussolini en las elecciones de 1921, sin que Giolitti obtuviera por eso la mayoría absoluta que buscaba.

La ambigüedad de la trayectoria liberal-conservadora se manifestó en la anécdota de que, ante la Marcha sobre Roma al año siguiente, y una vez que Víctor Manuel III había renunciado a respaldar al segundo gobierno Facta (hechura de Giolitti) en la declaración del estado de guerra frente a la presión fascista, el Rey pensase en Sonnino para encabezar un nuevo gobierno para suavizar y hacer más «constitucional» el llamamiento de Mussolini al poder. Todavía les iba a costar unos años a ambos políticos liberales, Giolitti y Sonnino, cobrar conciencia de la amenaza de muerte que significaba para el liberalismo de cualquier matiz su supuesto aliado.

#### ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

Ya la epistemología del liberalismo conservador, con su racionalismo limitado, dejaba sentado que aquél no puede derivar hacia el dogmatismo sin traicionarse. Así, por ejemplo, por muy importante que sea para su componente conservador el fundamento religioso de la vida personal y social, el componente liberal deja claro que cualquier intento de recurrir a la ley para imponerlo, en detrimento de la libertad de conciencia, privaría al espíritu religioso de su principal eficacia, que es la que se deriva, precisamente, de su ejercicio como fruto de la libertad moral y la búsqueda espontánea del bien. Del mismo modo, la preferencia conservadora por los bienes



raíces y la sociedad jerarquizada ha debido ir dejando paso al predominio de la riqueza mobiliaria y a un ritmo acentuado de movilidad social.

En el plano político, el momento dorado del liberalismo conservador, sobre todo europeo-continental, estuvo representado por su capacidad, tanto doctrinal como política, para depurar al liberalismo de sus excesos dogmáticos y revolucionarios, provenientes de la experiencia francesa de 1789, y convertirlo en un régimen habitable, capaz de ligar el pasado con el futuro a través de una libertad razonable. Las cosas, no obstante, ya no estuvieron tan claras cuando se trató de abordar el problema de la democratización. Existen pocas dudas de que el liberalismo conservador representa una filosofía y una política de elites y tiende a ser, por lo mismo, minoritario. De ahí que el atractivo de su sutileza doctrinal o la coherencia de sus principios resulte inútil si no va unida a la capacidad política para proponer objetivos que interesen a sectores sociales mucho más amplios que unas minorías selectas. Objetivos que resultan tanto más atractivos cuando revisten un carácter de pacificación y concordia, basados en cambios moderados y progresivos. El caso británico presenta una variada gama de experiencias afortunadas de esa capacidad a la hora de aclimatar el liberalismo conservador, el *torysmo*, en la sociedad industrializada y democrática hasta convertirlo en la fuerza política con los plazos de gobierno más largos de este siglo. En el continente, por el contrario, la experiencia liberal-conservadora ha resultado bastante más problemática. Los casos aquí examinados muestran que si la coherencia y firmeza doctrinales desembocaban en una confrontación izquierda-derecha, en lugar de una renovada capacidad para gobernar desde el centro, la marginación y la derrota eran el único premio que podía esperar el liberalismo conservador. Aunque no sin tentaciones autoritarias, la *convergencia de centros* que dio origen a la Tercera República francesa representó el mejor ejemplo del éxito de esa política integradora. Por el contrario, la crítica despiadada y la intransigencia absoluta del liberalismo conservador italiano hacia el *transformismo* —sin que por eso mostrara mejor capacidad para atraer a los católicos a un proyecto de democracia conservadora— lo empujó a una aproximación al nacionalismo autoritario y después al fascismo, que desembocó en la destrucción de la constitución liberal-conservadora de la que se sentían tan orgullosos y trataban de preservar. El papel desempeñado por Stresemann y su Partido Popular alemán (DVP) pone de manifiesto, por su parte, que no es imprescindible que el liberalismo conservador represente una gran fuerza política para desempeñar un papel decisivo o muy influyente. Los liberal-conservadores no eran más numerosos durante la República de Weimar que bajo el Imperio de Guillermo II, pero, en este último caso, aquéllos sucumbieron a la doble presión del nacionalismo y de la desconfianza hacia los resultados políticos del sufragio universal, para acabar desentendiéndose del problema clave de la parlamentarización del régimen imperial alemán. Stresemann en Weimar representó, por el contrario, la aceptación lúcida de la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial y el deseo de sacar el mejor partido posible, desde el lado conservador, de una República, aceptada racional, aunque no sentimentalmente.

Las trayectorias del liberalismo conservador examinadas aquí ponen de manifiesto, en todo caso, que el mantenimiento, al mismo tiempo, de la coherencia de los principios y de la capacidad para llevar a cabo políticas capaces de conquistar mayorías democráticas no resultó tarea fácil en la mayoría de los casos; entre otras cosas, porque, al contrario que en Gran Bretaña, la legitimidad del Estado en los países continentales no se basaba en la capacidad gobernante del parlamentarismo estamental, tan caro al liberalismo conservador de Burke. En el continente había habido la ruptura del absolutismo que, a su vez, propició otras rupturas políticas posteriores más radicales. El liberalismo conservador tuvo que enfrentarse pues con corrientes políticas rivales, revolucionarias y contrarrevolucionarias, bastante más poderosas que las que se dieron en una isla políticamente dominada por tradiciones aristocráticas y parlamentarias.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

- BLACKBOURN, DAVID Y ELEY, GEOFF: *The particularities of German History*, Oxford U.P. 1984, reimp. 1991.
- BLINKHORN, MARTIN (ed.): *Fascists and Conservatives*, Unwin Heymann, London, 1990.
- DIEZ DEL CORRAL, LUIS: *El liberalismo doctrinario. O.C.*, I, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1998.
- FENSKE, HANS; LILL, RUDOLF e MATTEUCCI, NICOLA (a cura di): *Il liberalismo in Italia e in Germania dalla rivoluzione del '48 alla Prima Guerra mondiale*, Il Mulino, Bologna, 1980.
- FURET, FRANÇOIS: *La Révolution 1770-1880*, Hachette, 1988.
- GIRARD, LOUIS: *Les libéraux en France*, Aubier, 1985.
- GOGUEL, FRANÇOIS: *La politique des partis sous la III<sup>e</sup>. République*, Seuil, 1946.
- HARBOUR, WILLIAM R.: *El pensamiento conservador*, Grupo Editorial Latino-Americano, Buenos Aires, 1985.
- HAYEK, F. A.: *Los fundamentos de la libertad*, Unión Editorial, Madrid, 1982.
- MAIER, CHARLES S.: *La refundación de la Europa burguesa*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1988.
- NISBET, ROBERT: *El conservadurismo*, Alianza, Madrid, 1995.
- PUHLE, HANS-JÜRGEN: «Conservatism in Modern Germany History», *Journal of Contemporary History*, vol. 13, núm. 4, oct. 1978.
- RÉMOND, RENÉ: *Les droites en France*, Aubier, 1982.
- ROSANVALLON, PIERRE: *Le moment Guizot*, Gallimard, 1985.
- ROSANVALLON, PIERRE: *La Monarchie impossible*, Fayard, 1994.
- RUGGIERO, GUIDO DE: *Storia del liberalismo europeo*, Feltrinelli, Milano, 1925/1980.
- SIRINELLI, JEAN FRANÇOIS (dir.): *Histoire des droites en France*, tome 1, Gallimard, 1992.
- VIVARELLI, ROBERTO: *Storia delle origini del fascismo*, vol. I, Il Mulino, Bologna, 1991.